

jón. Ni siquiera entrar haremos. Sale el práctico, coge a los dos y hala, hálala...

—¿Y qué les hacen?

—Nada, hombre, nada...

Por lo visto, el sistema habitual se reduce a una reprimenda, regreso al puerto base y, seguramente, «otra vuelta a la manzana».

Pocos de los que navegan no han hecho el polizón alguna vez.

El «capi» me señalaba los corros de chicas.

—No hay ninguna mareada.

Sin embargo, yo sabía el tema de las conversaciones; a partir de la salida, incluso antes, era el inevitable del mareo. El mareo parecía un fantasma que fuese rondando el barco sin acabar de hacer presa en él. Lo malo es tomarlo en serio y como *leit motiv* de los diálogos. A una brillante exhibición dialéctica sobre el mareo, sus causas, sus consecuencias y los modos de evitarlo, siguen siempre cierta palidez, una indefinible angustia, un peso en la nuca y un paseo hasta la borda. Después, nada; o todo, según.

Poco después de comer se puso en moda escribir cartas para entregar al práctico de El Musel. Las chicas de Coros y Danzas tuvieron de repente una alta temperatura epistolar. Desplegaban por grupos regionales y ya se hacían intentos de amistad interprovincial. Me puse a la máquina algo molesto porque consideraba una estafa eso de haber pensado en descansar al menos una semana seguida, y encontrarme con un práctico de puerto y con la posibilidad de que mis camaradas de *Voluntad* telefoneasen mis noticias a la Agencia. La siesta alzó su bandera de tregua y por los altavoces sonaba un bolero: «Llévame». El tercer oficial lo puso en el «picú» cuando pasaba el barco frente a la casa de su novia, en la ría, y en seguida el bolerito se nos subió

a todos al hombro. Sospeché tristemente que íbamos a tener «llévame» un rato largo.

Desde el primer momento quedé perfectamente clasificado. Se me acercó una chica muy mona, rubia, con los ojos verdes:

—Anda, haz el favor de escribir ahí que las del grupo de Bienes, Gerona —precisó—, estamos muy bien.

—Seguro que eso le interesa mucho a mi preceptor.

—Pero, ¿no escribes una crónica? —como diciendo: «Entonces, ¿qué haces?».

—Dime cómo te llamas.

—María Torrentó.

Tomé nota. Aquella tarde hubo rayo verde. Yo me había cargado la crónica y lo vi, pero fui de los pocos que vieron al inmenso mojicón solar hundirse en el agua y encender un puntito del horizonte con el gesto de un «taxi» libre. Todo el pasaje anda como loco, braceando en el arrollador torrente de la melancolía epistolar.

Cenábamos a la altura de Gijón. Hacía fresco. El práctico entró en la cámara para saludar al capitán. Hidalgo, transformado en cartero mayor, se dejaba ver con un saco a la espalda. El capitán presentó el práctico a los jefes. Era un hombre menudo, simpaticón y con cierta tendencia a profetizar:

—Vaya, pues buen viaje y hasta marzo.

Se alzó un clamor muy parecido a la guerra:

—¿Qué va, si en Navidades estamos de vuelta!

Al práctico aquello le sentó como un tiro.

—¿Navidad?

Soltó una breve risa y se encaramó muy cerca del Sinaí: